

Miniaturas
Sor Juana Inés de la Cruz.

He contemplado durante toda una tarde el bello retrato de Sor Juana Inés de la Cruz que se conserva en el Museo Nacional. El pintor, Miguel Cabrera, ha sabido conservar en la faz de la monja jerónima, el encanto particular que la adornó en vida. ¡Era hermosa Juana de Asbaje! El óvalo de la cara perfecto, la faz sonrosada, los ojos profundos, ardientes, preñados de inteligencia y de bondad, alta de estatura, esbelta de cuerpo, elegante, distinguida, como correspondía a una dama de honor de Dña, Leonor María de Carreto, Virreina de Nueva España.

Las manos ¡Oh, las manos de Sor Juana son, por si mismas todo un poema! El artista las ha dispuesto de tal suerte que se admiran en todo su esplendor: pequeñas, finas, sedosas, hechas para ser besadas en los estrados de de palacio por caballeros de mostachos arriscados y perilla a la borgoñona, ^{de labios} duchos en madrigales gongorinos y en ditirambos fanfarrones y galantes; pero también para sanar heridas de cuerpos dolientes y cerrar ojos de agonizantes. No en vano el amor y la caridad llenaron la vida de Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana con la fuerza preponderante de sus empeños.

Al contemplar el retrato he sentido todo el prestigio místico y caballeresco de la Colonia, luego, a quel marco de ébano con incrustaciones de carey y hueso, le da un encanto tan especial....Y la corte que rodea a la monja, los Virreyes todos, desde el severo D. Antonio de Mendoza hasta el barbilindo y afrancesado D. Juan O'Donojú, es la única digna de la encumbra da monja,

Sor Juana nació para que la adoren los poetas y le rindan pleitesía representantes de reyes y de príncipes.

Fue tan buena y sufrió tanto la monja jerónima....

Julio Jiménez
Pulido